

[https://www.ncregister.com/blog/st-elizabeth-ann-seton-and-the-power-of-the-eucharist?utm\\_campaign=NCR&utm\\_medium=email&\\_hsmi=275462499&\\_hsenc=p2ANqtz-8orl-OMjsqKa7vQGt4deG9FL\\_oiqLOke29Mj\\_TtmQWtmp8QxSK-TZzpOthWnhL9-DP42YfdHKK18N7VHV2SkrBSeSOaA&utm\\_content=275462499&utm\\_source=hs\\_email](https://www.ncregister.com/blog/st-elizabeth-ann-seton-and-the-power-of-the-eucharist?utm_campaign=NCR&utm_medium=email&_hsmi=275462499&_hsenc=p2ANqtz-8orl-OMjsqKa7vQGt4deG9FL_oiqLOke29Mj_TtmQWtmp8QxSK-TZzpOthWnhL9-DP42YfdHKK18N7VHV2SkrBSeSOaA&utm_content=275462499&utm_source=hs_email)



## SANTA ISABEL SETON Y EL PODER INEXORABLE DE LA EUCARISTÍA

50 años después de la canonización de la primera santa de Estados Unidos, su testimonio es más actual que nunca

'Calle. Elizabeth Ann Seton'  
(foto: didyaadi / Shutterstock)

KV Turley Blogs 20 de septiembre de 2023

"¡Un santo! ¡Ella es la primera hija de los Estados Unidos de América en ser glorificada con este atributo incomparable! Estas fueron las palabras del Papa San Pablo VI el 14 de septiembre de 1975, cuando canonizó a la primera nativa estadounidense, Elizabeth Ann Seton.

En 1774, dos años antes de la Declaración de Independencia, nació Elizabeth Bayley.

Su origen era típico de muchos de los que formaron parte de la América revolucionaria. Su origen étnico era inglés, su religión era el anglicanismo y sus circunstancias materiales eran cómodas (su padre era médico). Sin embargo, las cosas cambiarían cuando la madre del niño murió en 1777. Posteriormente, la mujer que se convertiría en madrastra de Isabel se mostró, según todos los indicios, indiferente hacia el niño y su hermana.

Isabel tenía un gran amor por la Biblia. Se dice que la joven Isabel también era dada a intensas contemplaciones del mundo natural. Cuando era niña, era propensa a sentir gran asombro o gran desesperación ante las costumbres del mundo. A lo largo de su vida conocería bien ambos sentimientos.

A los 20 años se casó con William Seton. Era rico y sus perspectivas eran buenas. Es más, la joven pareja estaba profundamente enamorada. Todo parecía preparado para una vida feliz.

Al cabo de cuatro años murió su suegro, lo que de repente llevó a los recién casados a dirigir el negocio familiar. Esos negocios pronto se volvieron precarios. También lo hizo, y quizás lo más preocupante aún, la salud de su marido. En

1828, mientras Isabel esperaba el quinto hijo de la pareja, vio cómo el negocio familiar se declaraba en quiebra. Con eso la salud de William se quebró.

La pareja se retiró a Italia. William tenía amigos allí por negocios. Se sintió que un cambio de clima y de circunstancias lo ayudarían. Pero Italia resultó tan desastrosa como misteriosa en las vidas de quienes se habían propuesto llegar allí desde América.

Cuando la pareja llegó a un puerto italiano, las autoridades locales, habiendo escuchado informes de fiebre amarilla en Estados Unidos, les negaron la entrada. Como resultado, la pareja se vio obligada a pasar semanas en cuarentena. El frío y la humedad de esa residencia resultaron fatales para William quien, enfermo de tuberculosis, murió apenas ocho días después.

Isabel se encontró no sólo sola en un país extranjero, sino viuda y separada de sus hijos. Sin embargo, fue en Italia donde encontró un amor más profundo que el humano que había perdido.

Los amigos de su marido, los Filicchi, debían recibir a la pareja en Italia. Eran católicos devotos. Resultaron ser un salvavidas muy necesario para Isabel, quien pasaría meses con ellos en Italia. Esta vez fue un punto de inflexión en su vida, ya que estuvo expuesta por primera vez a la fe católica, una experiencia que dejó una profunda impresión. La bondad humana de los Filicchis fue impecable; su ayuda inminentemente práctica; su preocupación por Isabel es verdaderamente cristiana. Todo esto creó un hambre espiritual en la joven viuda. Cuando abordó el barco con destino a Nueva York, quería hacerse católica.

A menudo se hace referencia a Isabel como la primera nativa estadounidense en ser canonizada. Objetivamente, esto es por supuesto cierto. Pero es sólo la mitad de la historia. Su fe cristiana fue embrionaria mientras estuvo en su tierra natal, pero fue en un país extranjero, a saber, Italia, donde esa fe iba a comenzar su gestación más completa antes de finalmente nacer en América. En aquel barco procedente de Italia con destino al puerto de Nueva York, Isabel ya era católica de corazón, aunque aún no había profesado plenamente los sacramentos. Como tantos otros antes que ella, ahora llevó consigo al Nuevo Mundo una fe tan antigua como la propia Europa.

Cuando regresó a los Estados Unidos había cambiado. Quienes esperaban su llegada lo sintieron inmediatamente. Tampoco se trataba simplemente de que ahora fuera viuda. Sus amigos y familiares escuchaban con horror hablar de "Roma" y de su experiencia con una religión que tantas sospechas levantaba entre ellos. Se propusieron disuadirla de su recién descubierta atracción religiosa. Finalmente, se reclutó a clérigos protestantes para que se reunieran con Isabel para disuadir cualquier conversión. El resultado fue un año de agitación interior para la viuda recién llegada.

Lo que siguió atrayéndola hacia la Iglesia fue la Eucaristía. Durante estos meses de búsqueda, le escribió a su cuñada Rebecca. En esa correspondencia, habló de cómo se maravillaba ante el Santísimo Sacramento presente en las iglesias católicas. Además, quedó impresionada por cómo se llevaba ese mismo Sacramento a los moribundos y a los enfermos, sintiendo cuánto consuelo era para aquellos a quienes se lo llevaba.

Luego admitió algo a su entonces pariente protestante: "El otro día, en un momento de excesiva angustia", escribió Isabel, "caí de rodillas sin pensar cuando pasó el Santísimo Sacramento, y clamé en agonía a Dios para que la bendijera. yo, si Él estuviera allí. ... Toda mi alma deseaba conocer sólo a Él".

Curiosamente, ese simple acto de reverencia, de adoración y de sumisión resultó decisivo. Su noche oscura pronto terminó.

"Iré pacífica y firmemente a la Iglesia católica", escribió. "La fe es tan importante para nuestra salvación, la buscaré donde comenzó la verdadera fe, la buscaré en aquellos que la recibieron de Dios mismo".

En 1805, a pesar de mucha desaprobación familiar y social, Elizabeth Seton fue recibida en la Iglesia Católica. Cuando, finalmente, y por primera vez recibió la Sagrada Comunión, escribió: "¡Por fin DIOS ES MÍO Y YO SOY SUYA! ... ¡LO HE RECIBIDO!"

Si su vida interior había comenzado de nuevo, su existencia temporal se volvió aún más estrecha. Cuando su cuñada Rebeca siguió a Isabel a la Iglesia, ésta descubrió que la miraban con aún más sospechas. No hace falta decir que los intentos posteriores de Elizabeth de mantenerse a sí misma y a sus hijos en la ciudad de Nueva York fracasaron.

Inesperadamente, fue entonces cuando le preguntaron a Elizabeth si podía mudarse con su familia a Baltimore para ayudar a iniciar una escuela católica allí. Lo hizo y, al hacerlo, descubrió una nueva vocación, la de maestra. Pero en St. Mary's College, Baltimore, descubriría con sus compañeros profesores la idea de una comunidad religiosa dedicada a educar a los jóvenes.

En la fiesta de la Anunciación de 1809, Isabel, de 35 años, hizo votos de pobreza, castidad y obediencia ante el arzobispo John Carroll, obispo de Baltimore. Ahora era hermana religiosa de las recién formadas Hermanas de la Caridad. Basado en la vida y el testimonio de San Vicente de Paúl, el gobierno de la orden fue ratificado posteriormente en 1812 y crecería rápidamente desde sus inicios. De ahora en adelante, Elizabeth sería conocida como Madre Seton.

Habiendo encontrado por fin un respiro terrenal en la Iglesia, curiosamente sintió que Dios la estaba llamando a casa ahora. Era un pensamiento que la llenaba de una extraña alegría: "La idea de volver a casa, llamado por Su Voluntad, ¡qué transporte!". Cuando todavía era protestante, a Isabel le habían llamado la atención las diferencias en los rituales de muerte de sus correligionarios en comparación con los de los católicos. Les había dicho a los Filicchi lo bendecidos que se sentía que eran los católicos por tener un sacerdote en su lecho de muerte. Ella escribió: "Aquel a quien llamas Padre de tu alma la asiste y la observa en las debilidades y pruebas de la naturaleza que se separa con el mismo cuidado que tú y yo observamos el cuerpo de nuestro pequeño bebé en sus primeras luchas... en su entrada a la vida".

Debido a todo lo que le había sucedido, la Madre Seton comprendió bien la naturaleza pasajera de este reino temporal. Había experimentado sus alegrías fugaces y soportado sus penas por más tiempo. Esto la había convencido de la naturaleza transitoria de esta vida. Sin embargo, en medio de su mayor sufrimiento, había descubierto la fe católica y, más particularmente, el misterio de la Eucaristía que moraba en su corazón.

Cuando murió en 1821, con sólo 46 años, no fue tanto un final como un nuevo comienzo. Así como la muerte de su marido en una costa extranjera había desencadenado una cadena de acontecimientos que terminarían con el nacimiento de su esposa a una nueva vida. Ahora su muerte en el familiar suelo estadounidense iba a llevar a esta mujer a la bendita eternidad.